

EL CUIDADOR DEL LEÓN DE LA METRO

Mi nombre es Alfredo Smith. Menudo nombre, ¿verdad? Julián López era mi padre, uno de los primeros españoles que viajó a Hollywood tratando de hacerse un hueco en la historia del cine; y de hecho, lo logró, aunque no del modo en que os imagináis... Él era la voz que hizo que una generación de españoles pudiera empezar a comprender las películas producidas en América. Desde *Casablanca* y *Qué bello es vivir* hasta las películas producidas en terreno estadounidense de Alfred Hitchcock, del cual recibí el nombre. La voz de mi padre era la que componía los murmullos, los susurros, los gritos y los diálogos de aquellos pequeños personajes secundarios que formaban la infraestructura social de la película. Mi padre siguió vivo durante mucho tiempo en esas películas, al igual que sus sueños...

Mi madre, por el contrario, era modista. Ella no alcanzó una gran fama en Hollywood, aunque la mayor parte de las prendas que usaban los actores tenían la marca de su aguja. Marie Smith distribuía prendas baratas y de calidad a los famosos del cine, pero era más prestigioso para ellos decir que eran vestimentas de marcas glamurosas como *Gucci*, *Prada* o *Versace*... Y así fue cómo mis padres se conocieron por casualidad en el plató de un film tan terrible que fracasó antes de ser estrenado.

Parecía evidente que mi destino se encontraba en el mundo del cine, pero no del modo que todos creían... Aunque había estudiado arte dramático, sabía inglés gracias a mi madre y había echado currículum en todas las grabaciones españolas, mis papeles principales fueron campesinos, carteros y hombres que casualmente leían el periódico en la calle en la que se desarrollaba la escena... Todos mudos, todos planos... Todos aburridos. Creé varios guiones, pero ninguno agradó a los productores españoles... Pensé que sería consecuencia de la cultura del país, así que (estúpidamente) gasté todos

mis ahorros en viajar a Estados Unidos, la tierra de las oportunidades... Oportunidades había, pero solo para la gente con talento.

Descubrí, demasiado tarde, que mis guiones eran escoria y mis interpretaciones penosas. Yo no tenía futuro en ese mundo... Pronto recibí la noticia de que mi padre acababa de morir, y mis sueños se habían ido con él...

Era necesario encontrar un trabajo para costearme el viaje de regreso a España, así que acepté todas las ofertas de pequeños trabajos ocasionales que se me presentaron, hasta que por fin encontré un trabajo más o menos estable en el recién inaugurado zoológico de Central Park. Fue allí donde conocí a tres de las mayores estrellas de los Felices Años 20 que el mundo pudo ver en televisión: Jackie, Tanner, Yuba y el pequeño Leo.

El viejo Jackie era un ser testarudo y cabezota que había prácticamente inaugurado el cine mudo con su imagen en blanco y negro. Cuando le conocí comía muy poco, no se relacionaba con nadie y pasaba todo su tiempo durmiendo y meditando a solas. Al mes de llegar yo, falleció. Tanner también era un veterano, una leyenda, y además la imagen por excelencia de Metro-Goldwyn-Mayer, pariente directo de Slats, su primer representante. Solo aguantó un año con nosotros...

Pero a quien nunca olvidaré es a Yuba. Con su juventud y su melena al viento parecía tener ganas de comerse el mundo cuando aparecía en la gran pantalla... Pero él era como yo. Solo hizo un rodaje y se libraron de él. Fue la estrella fugaz que llegó al mundo del cine para luego irse... Un desconocido que tras su fracaso se volvió agresivo por un cáncer que poco a poco se iba comiendo sus pulmones. Fueron innumerables las noches que pasé a su lado relatándole mis sueños rotos. El mundo cambiaba. Ni siquiera Leo, su sucesor, acaparó la atención del público durante mucho tiempo. Los efectos

especiales, las nuevas temáticas y el 3D se fueron comiendo la realidad que nosotros habíamos conocido. Evolucionaba de forma elegante y misteriosa. Los dibujos animados son ahora tomados por los niños como algo cotidiano y por los adolescentes como una vulgaridad infantil, pero los que vimos su nacimiento contemplamos el trabajo de cientos de ilustradores dibujando miles de escenas al día para cubrir momentos de cinco en cinco segundos. Las nuevas técnicas les hicieron evolucionar tanto que últimamente sus movimientos, sus gestos... difieren en muy poco de la realidad. La temática cambia a la ciencia ficción, las versiones de los libros, los regresos a temas del pasado y la apuesta por las sociedades del futuro... Yuba y yo lo contemplábamos en mi pequeño televisor, tirados en el suelo con el cielo estrellado como el manto que nos cubría.

Aunque ya tenía dinero de sobra para volver, mi madre también se había ido hacía muchísimo tiempo... Nadie me esperaba. A veces me preguntaba si mi destino iba a ser pudrirme entre excrementos de animales durante toda la vida, viendo mis ilusiones volar en carteleras ajenas a mí... Pero mi padre solía decirme que nuestras vidas eran como películas, tenían que tener un final, ya fuera conmovedor, triste, inesperado o feliz, pues ninguna película se cortaba en mitad de la trama, y todas las películas buenas debían tener un momento de conflicto para ver cómo los personajes se enfrentaban a él... Tal vez Yuba y yo no fuéramos conocidos ni aclamados; no pasaríamos a la historia, pero la fama y el éxito no eran lo fundamental del cine. Finalmente lo entendí...

Me llamo Alfredo Smith y he sido psicólogo, chef, masajista, ginecólogo, mayordomo, coach, amigo y familia de estrellas como Suzy, Patty, Scotty, Squirt y Kathy, protagonistas de *Flipper*; Chris, el San Bernardo que interpretó a Beethoven; Pal, más conocido como Lassie; y por último, en los últimos años de mi vejez, conocí a

Shanga y Kumal, y además a Katoa y Tubai, que les interpretaban como cachorros de tigre en la película *Dos Hermanos*.

Ahora que estoy llegando a mi final, me siento dentro de la jaula de Leo, que fue la misma que la de Yuba, y recapacito sobre cuál fue el argumento de mi vida... Supongo que el futuro no siempre llega como uno lo espera; o que, a veces, podemos descubrir nuestra vocación de la forma más inesperada... Tal vez para llegar al mismo destino hay multitud de caminos y multitud de acompañantes. Yo no fui famoso; no fui actor ni director, pero me llevo la satisfacción de haber subido al escenario a unas estrellas de cuatro patas o de aletas, que no me firmaron ningún autógrafo, y sin embargo, me admiraron tanto como yo a ellas.

Leo ha cerrado los ojos por fin, y yo, justo antes de hacerlo, me fijo en cientos de miradas concentradas, inquisitivas y sorprendidas que me miran desde el fondo de la sala con el bol de palomitas ya vacío... Sonríó cuando aparecen los créditos sobre mi cabeza y la sala oscura enciende sus luces... Con la foto del rodaje de Yuba entre mis manos, su rugido: “growl-roar-growl” que había permanecido en pantalla poco tiempo comparado con el de los otros leones, inunda mi mente como una dulce banda sonora...

Sí... fui una buena película.